

# Capítulo 15 - Luces pálidas

- [Capítulo 15 - Luces pálidas](#)

# Capítulo 15 - Luces pálidas

El Chimerical estaba abierto, aunque Tristan nunca lo había visto cerrar. ¿Dormían siquiera los diablos?

“Oh, otra vez en este lugar,” exclamó Fortuna con entusiasmo. “Me encanta ese cocodrilo colgado, deberías ver si está en venta.”

En realidad, él no iba a hacer eso. Tristan lanzó una mirada lateral a la diosa, que paseaba vestida con su vestido rojo y parecía estar de buen humor.

“Entonces, no te importa lo que hay en el interior,” comentó.

Maryam parecía alguien a quien acaban de atizar en el estómago al contar cómo había intentado usar la hechicería de Gloam en ese lugar. Él habría pensado que Fortuna sería tan vulnerable a la trampa eldritch que Hage había dispuesto allí. La Dama de las Altas Probabilidades apoyó un dedo en su barbilla, pensativa.

“Las cortinas podrían necesitar un poco de polvo,” musitó.

No era lo que él quería decir, y ella lo sabía muy bien.

“Entonces, no es como la Hora de la Bruja,” afirmó. “No puede hacerte desaparecer.”

Fortuna le puso los ojos en blanco.

“Me voy a dar un paseo y de repente empiezas a aferrarte a mis faldas,” dijo ella. “Tristan, cariño, esto ya empieza a ser un poco vergonzoso.”

Su mandíbula se tensó. Mentir. Ella estaba mintiendo otra vez. No importaba cuánto insistiera, Fortuna se negaba a admitir que cuando él había vagado por la capa, ella se había desaparecido. Su insistencia en que solo había estado paseando era una mentira perezosa y transparente que ella se esforzaba en sostener simplemente ignorándolo cuando él la acusaba. Era increíblemente frustrante, y no de la manera en que Fortuna suele frustrarlo.

Dándose ánimo para calmarse, Tristan caminó los últimos diez pasos hasta el frente del café. El ladrón no se limpió las botas en el felpudo, que era más mugre que paja, y luchó por abrir la vieja puerta de roble. Estaba bastante seguro de que una parte del travesaño superior era hinchada por la humedad o demasiado grande para el marco, porque requería un esfuerzo extra para abrirlo y cerrarlo. Tras un minuto de esfuerzo, abandonó la tarea y dejó la puerta apenas nueve décimas cerrada.

El olor acre del café seguía siendo desagradable y, aún peor, uno de esos olores que se pegan a la ropa después. Es difícil colarse en alguien cuando huele el aroma del café llegando el momento de levantarse del viento. El gato negro, de gordura descarada—Mephistofeline, debe admitir que el diablo tenía buen nombre—, se acercó dando pasos pesados, frotando su lado contra las botas de Tristan y mirando con expectación.

“Su Majestad,” saludó, rascándole debajo de las orejas. “¿Cómo va su reclamación sobre Pandemonium?”

Mephistofeline ronroneó, luego se sentó sobre su bota y emitió un maullido expectante. A Tristan siempre le habían gustado los gatos, pese a su desafortunada tendencia a comer ratas. Podían valerse por sí mismos, eso siempre había respetado. Aunque no lo suficiente como para tener uno como mascota, ya que solo un necio se encariña con una criatura que vaga por el Muro.

Nunca había muchas gatas callejeras en las calles del Muro, pero especialmente pocas en la semana después de que vencían los alquileres.

“No tengo comida,” informó el ladrón al gato.

Mephistofeline dio vueltas sobre su bota, golpeando con sus patas, y volvió a maullar como si esa acción pudiese mágicamente agregar pescado a los bolsillos de Tristan.

“Todavía no,” dijo él.

Ya fuera molesto por la falta de recompensa o satisfecho de haber conquistado un nuevo súbdito, el gato negro se alejó tambaleándose, con su cola moviéndose de un lado a otro. Hage no podría haberlo oído jugar con el gato, así que debía estar fuera de su escondite habitual. La mirada de Tristan recorrió las cabinas y el mostrador, la exhibición abarrotada de objetos diversos y...

La puerta principal se cerró de golpe y él casi salta de su piel, mordiendo su labio hasta que casi sangraba.

Hage había logrado pasar desapercibido sin que él se diera cuenta y ahora se encontraba tras él, sonriendo de manera tenue. La máscara del diablo no había cambiado ni una pizca: eras altas, cejas achinadas y ojos que recordaban a búhos, cubierto por una chaleca moderna, un jubón doble y un gorro de color rojo oxidado. Pero ahora que Tristan sabía qué buscar, pensó que sus ojos marrones parecían un poco extraños. Demasiado planos y, al moverse, casi parecía que algo los atravesaba.

“Siempre he disfrutado de los gatos,” reflexionó Hage. “Creo que es por esa desvergonzada deslealtad. No hay ejemplar que no te traicione por un salmón lo suficientemente grande.”

“Entonces es de nobleza auténtica,” dijo Tristan.

“Más refinada que la mayoría,” sonrió Hage, mostrando los dientes tras los dientes. “Al menos, requeriría salmón en primer lugar.”

A pesar de sí mismo, Tristan se tensó cuando el diablo pasó junto a él en su camino hacia la barra, rozándole casi el hombro, pero sin llegar a tocarle. No podía olvidar aquella noche en Cantica, qué rápido y peligrosamente ágiles habían sido esos jóvenes demonios. Cómo su fuerza había astillado maderas y aplastado carne, como si el mundo que los rodeaba estuviera hecho de papel. Él sabía que Hage no lo mataría, lo tenía claro.

Pero si lo intentara, sería tan fácil como extender la mano y apretar.

“Si vienes a pedir agua otra vez, muchacho, verás que cada vaso es un árbol completo,” le informó Hage.

El ladrón tragó su incomodidad, la extendió hasta que su tejido se hizo delgado y desapareció, y obligó a su rostro a mostrar una sonrisa. Fortuna, observó, había ignorado todo esto y seguía al Mefistofélico que se retiraba, cuyo aspecto principesco había cometido el gran pecado de ignorar a un ser invisible e intangible. Se deslizó hacia una de las sillas altas junto a la barra, calmado por la vista de varios de los recipientes de cobre llenos de agua y con llamas ardiendo debajo. No estaban hirviendo, pero casi.

“¿Qué me recomendarías,” preguntó, “para alguien que nunca ha probado el café?”

“Busca otra tienda,” respondió Hage con sequedad.

Pero el diablo dio un paso atrás y se inclinó para alcanzar una bolsa de tela bajo la barra.

“Espuma azul,” dijo. “Como la toman en la Costa Riven, corta con una capa de jarabe de bayas.”

Eso sonaba absolutamente terrible, pero Tristan fingió no preocuparse, esbozando una sonrisa satisfecha. No tenía intención de beber más café que el que las circunstancias le obligaran, por lo que pensó en el precio más bien como el pago por una conversación. Deslizó los siete cobre — Manes, eso era casi dos comidas — que Hage le pidió al otro lado del mostrador, los cuales el diablo recogió con destreza antes de ponerse a preparar la abominación prometida.

Mephistofélico saltó sobre la barra, atraído por el ruido, y llevó a Fortuna con él. El gato negro se estiró y se acomodó sobre un mapa, como si fuera un cojín mullido y peludo, maullando feliz cuando Hage le rascó la cabeza. Aún visiblemente molesta por haber sido ignorada, Fortuna empezó a curiosear entre los dispositivos de cobre tras la barra, mientras el diablo vertía los granos en un mortero y comenzaba a triturarlos. La diosa le lanzó una mirada.

“Eso ya es viejo,” comentó. “Y no demasiado vacío por dentro.”

Tristan mantuvo su rostro imperturbable. ¿Vacío por dentro? Darle un significado sería más trabajo del que podía permitirse en ese momento, así que lo mejor era ceñirse a las verdades superficiales. Fortuna, en su juicio, también consideraba a Hage un anciano, lo que implicaba que el diablo casi seguramente era forjado. Inmortal en el sentido de que, pase lo que pase, volvería a la vida sin importar cuántas veces lo mataran.

“No pensé volver a verte,” dijo Hage despreocupadamente mientras presionaba el pilón contra los granos de café. “No parecías muy interesada en probar mis infusiones.”

“Bueno,” dijo Tristan, “tuve una idea.”

“Tarde o temprano, eso tenía que suceder,” dijo el diablo. “No te preocupes, muchacho, el dolor de cabeza pasará.”

Él rodó los ojos, aunque Fortuna se carcajeaba a su costa.

“Me parece que la Krypteia se rehuiría de poner todas sus recomendaciones en la misma sala, donde cualquiera pudiera verlas y memorizar los rostros,” dijo Tristan. “Además, aunque confieso que sé poco de las Máscaras, su mandato, según me han dicho, es amplio.”

Abuela le había explicado que a la Krypteia le correspondía eliminar a los traidores dentro de la Guardia, pero los Cryptics también debían ser espías, detectar cultistas y quienes infringían los Acuerdos, además de interrogadores y asesinos. Comparado con la misión de la Guilda Skiritai, que, por lo que podía entender, comenzaba y terminaba con la frase “matar cosas”, esa era una carga de responsabilidades generosa. Demasiadas, tal vez, para que un solo grupo de habilidades pudiera abarcar toda la Krypteia.

“Lo suficiente para que muchos maestros sirvan mejor que uno solo,” continuó.

El diablo, tras terminar de moler los granos, vertió cuidadosamente el polvo en el agua ya hirviendo.

“Una estrategia no carece de ingenio,” dijo Hage. “Pero si piensas comprar nombres de mí, no será barato.”

El ladrón había considerado eso, de hecho, pero no era por eso que estaba allí.

“Me parece,” continuó Tristan, “que si las Máscaras colocaron maestros, debe haber alguna forma de descubrir quiénes son. Para confirmar que realmente sean uno solo.”

“De otro modo, sería una búsqueda sin sentido,” estuvo de acuerdo Hage.

“La forma más sencilla,” dijo, “sería ordenarles que no mientan cuando se les pregunte.”

Tristan se inclinó hacia adelante.

“¿Eres tú, Hage, un maestro de la Krypteia?”

El diablo soltó una carcajada.

“Así es,” dijo. “¿Qué te llevó a sospechar?”

“Nos sorprendiste a todos cuando llegamos por primera vez,” dijo Tristan.

Por lo que podía observar, Song podía ver a través de cualquier cosa etérea —incluyendo la existencia de contratos— y aún así lo había pasado por alto. Tredegar había sido sorprendido, y a menos que estuviera meditando, esa muchacha era sumamente difícil de engañar.

“Eso y Wen insinuó que la Quimera ha existido en otros lugares,” añadió. “Juntando esas piezas, tu ser un diablo en una isla de vigilancia... solo hay unas cuantas explicaciones.”

Aunque Hage no resultara ser un profesor, casi podía asegurarse de que de algún modo era una pista.

“Wen siempre ha hablado demasiado, para su propio mal,” dijo Hage. “Su tiempo en el Dominio no ha logrado corregir las fallas que lo enviaron allí.”

Un bocado tentador para probar, pensó Tristan, pero conocía la estrategia cuando la oía.

“¿Qué enseñas?” preguntó. “¿Cuántos de ustedes sois?”

Hage suspiró, moviendo la taza de cobre. Chasqueó sus dientes con desaprobación, un sonido demasiado largo y prolongado para ser de dientes humanos.

“Espeluznante,” Fortuna lo valoró.

Se inclinó hacia adelante, mirando la boca del diablo mientras él hablaba, como un comprador inspeccionando los dientes de un caballo, y Tristan casi se estremeció.

“Somos cinco en Tolomontera,” explicó Hage. “Para poder seguir en Scholomance, debes encontrar a dos de nosotros y aprender un oficio que nos satisfaga antes de que acabe el año.”

Tristán frunció el ceño.

“¿Y cuál es tu oficio?”

El diablo se volvió y echó una mirada hacia atrás.

—¿Qué crees? —preguntó.

El ladrón estrechó los ojos.

—Creo que el café disimularía el olor de brebajes extraños y de tus dispositivos para convertirlo en el sonido de destilados más exóticos —dijo Tristan.

—Yo enseño venenos —asintió Hage—.

Demasiado fácilmente.

—Pero no solo eso —añadió el hombre de ojos grisáceos, frunciendo el ceño—. ¿Espionaje? Las conversaciones pueden ser escuchadas en una cafetería y tú eres el único en la isla. Los oficiales charlarán aquí, aflojarán la lengua.

No tanto como lo harían cuando están ebrios, pero en tu propia casa puedes beber vino. El café era mucho más difícil de conseguir, además de ser un vicio popular entre los ricos.

—El Chimerical ha sido durante los años muchos tipos de establecimientos —dijo Hage—. El café es solo la última de mis fascinaciones.

El diablo, considerando que la ebullición había terminado, se llevó la olla de cobre y se escondió fuera de vista. El proceso consistía en filtrar, liberar vapor de una válvula y en algo que parecía una bolsa de piel con textura. A Tristan le sirvieron una taza de café más alta que ancha, de no más de su pulgar, cuya superficie estaba cubierta por un jarabe de color púrpura-azul que lentamente se convertía en espuma.

—Bonito —opinó Fortuna.

—Espera veinte segundos, luego toma un sorbo —instruyó Hage—, y aprende de mí, Tristan Abrascal, ya sea el arte de los venenos o el juego del mentiroso —agregó, levantando una ceja—. Lo que hoy llamamos la “menor profesión”.

—Espionaje —dijo.

—Todos somos espías, muchacho —se carcajeó Hage—. El juego del mentiroso es el que se juega con los pies: abrir cerraduras, duplicar papeles, doblar brazos y perseguir rumores.

Tristán inclinó la cabeza ligeramente.

—¿No sería esa la verdadera maestría? —preguntó.

Hage sonrió en dos tiempos, un gesto que no resultaba menos inquietante por repetirse.

—Los mentirosos son tan gastados como las monedas de cobre —dijo—. La mejor parte de nuestro arte no se hace en el tablero, sino en moverlo.

Sin saber qué responder, Tristan probó un sorbo de la bebida para ganar tiempo.

Para su sorpresa, era bastante buena.

Había esperado algo azucarado y cálido, como un pastel convertido en líquido, pero en cambio la bebida era bastante amarga. Sin embargo, también era refrescante, el retrogusto del jarabe de bayas suavizaba el sabor fuerte de los granos. No era algo que disfrutara, pero tampoco la tarea ardua que imaginaba que sería.

—Se debe beber rápidamente —dijo Hage—, antes de que el jarabe se diluya completamente por el calor.

Tristán tomó otro sorbo, ponderando su opción. El diablo había insinuado que solo le ofrecería aprender en un oficio, y en realidad eso era lo mejor —aún debía encontrar a otro de los maestros escondidos en Puerto Allazei, lo cual tomaría tiempo. Un solo oficio era suficiente, teniendo en

cuenta eso. Y quedaba la duda de cuál escoger.

En realidad, ninguno parecía ajustarse completamente. La abuela le había hecho aprender las Dosificaciones de Alvareno y sus usos, por lo que ya dominaba algo en venenos. No era un experto, sin duda, pero Tristan había elegido Medicina como materia electiva y esperaba que algunas conexiones de ese conocimiento se tendieran. Por otro lado, sabía muy poco sobre sustancias exóticas necesarias para matar a seres como diablos y dioses. Y, seguramente, no mataría a tales seres con una daga, ¿verdad?

Las habilidades menores en el arte del engaño se asemejaban mucho a lo que la Abuela le había estado enseñando desde que lo tomó bajo su protección, y resultaba casi insultante que tuviera que aprender algo que había practicado toda su vida. La soberbia aparte, en esos asuntos se sentía más confiado. Sin embargo, practicar esas destrezas era una cosa y hacerlo según los métodos que la Krypteia quería que siguiera, otra muy distinta. Además, sería un acto de arrogancia esperar que sus pocos años de instrucción fueran toda la sabiduría que existía.

Tristán tomó otro sorbo y meditó sobre lo que más probablemente tendría que hacer en nombre de la Decimotercera. Esa fue su conclusión, al final.

“Se me ha dado a veces jugar con la mentira”, le confió a Hage. “Creo que es un juego apropiado para aprender.”

El diablo pareció divertido.

“Ah, la prueba más difícil de todas”, dijo. “Como se esperaba de la más reciente del Comedor de Nombres.”

“¿Una prueba?”, repitió cauteloso Tristan.

“¿Creías que enseñaríamos a alguien que lo pidiese?”, respondió Hage, haciendo clic en algo que no parecía una lengua ni sonaba como tal. “No, primero debes demostrar que vales mi tiempo.”

“¿Y cómo”, preguntó el ladrón, “podría lograrlo?”

“Muy simple”, contestó el diablo. “La Guardia mantiene un expediente con todos los estudiantes que asisten a la Scholomance. Hay cuatro transcripciones tuyas en Port Allazei: antes de la medianoche, lee una y luego vuelve para responder mis preguntas sobre su contenido.”

Tristán reflexionó por un momento y luego aclaró su garganta.

“¿Podría leer su transcripción?”, preguntó cortésmente.

“No”, respondió Hage.

Entonces, le tocó el camino difícil.

--

“Bienvenido a la Abadía.”

El cabello del profesor Baltasar Formosa no había perdido su aspecto salvaje desde que Maryam lo vio por última vez, ni tampoco su barba parecía menos cuidadosamente recortada, pero el hombre, alto y de mediana edad, parecía tan agotado como todos ellos. De pie al borde de un abismo sin fondo, enmarcado únicamente por la tenue luz de las velas que sostenía, el profesor parecía más un espantapájaros que un humano. La sortija de sello de plata en su mano, señal del Maestro de la Guilda, resplandecía fría mientras señalaba hacia el abismo debajo.

Sesenta personas lo habían seguido profundamente bajo la casa de capítulos del Akelarre, entregando linternas de hierro desgastadas y bajando por escaleras estrechas en las que solo podía caber una persona a la vez. La gran sala que los esperaba bajo tierra formaba un patrón complejo de pilares arqueados y travesaños; los patrones grises y rojos en el techo mareaban la vista incluso con el titilar de las velas.

Pero todos sus ojos, inevitablemente, se dirigieron hacia el corazón de la sala, donde el pozo respiraba como una bestia colosal.

El profesor Baltasar los había llevado a la orilla, donde un pozo de oscuridad se adentraba en las profundidades de la tierra, pero escondían secretos más profundos. Descendiendo en espiral y enfrentando la oscuridad, yacían pequeñas celdas de piedra, lo suficientemente grandes para una sola alma y poco más. Maryam intentó no mirar hacia abajo, donde la oscuridad se convertía en Gloam y las profundidades del vacío se tragaban a los ingenuos.

“Nosotros no construimos este lugar”, dijo el profesor Baltasar. “A diferencia de muchas partes de esta isla, no lleva la marca de los Antediluvianos, por lo que nuestra mejor suposición es que fue excavado durante la Velada Antigua.”

Maryam creyó en sus palabras. Ella había recorrido el sendero del santuario bajo las Puertas Rotas cuando era niña, para demostrar que era digna de ser enseñada por su madre, y los templos más antiguos — construidos después de que los Antediluvianos se deshicieran de sí mismos al destruir los muros que cercaban Nav — tenían la misma... sensación que este lugar. No frío como hielo, sino gélido en las entrañas, esa clase de frío que deja la piel fresca pero se instala profundamente en los huesos.

“Muchas sectas y cortes han conservado la Abadía a lo largo de los siglos,” continuó el profesor, “y siempre por la misma razón: es uno de los lugares más privilegiados en todo el mundo conocido para educar a los señaladores.”

Los susurros se extendían entre las temblorosas velas, ansiosos y cautelosos a la vez. La Artesanía no era algo que entregara sin antes exigir algo a cambio.

“El Gloam aquí es maleable, está asentado,” dijo Baltasar Formosa. “Te resultará más sencillo formar Signos y, si tropiezas, será más fácil cortar el Signo antes de que te devuelva su golpe.”

Así era como la Hermandad eludiría las restricciones en la enseñanza de la Artesanía.

Formar un Signo era como pintar con fuego: el más pequeño error quemaría tus dedos. Solo hacía falta que el Gloam no encajara con suficiente fuerza en el Signo para que surgiera una represalia. Tentáculos de poder se extendían, como cuando se aprieta una vejiga de agua, y destrozaban todo a su alrededor. Si carecías de disciplina, perder un dedo provocaba que soltases el Signo aún incompleto por el dolor, y lo más probable era que perdieras toda una mano —o un brazo.

La mayoría de los señaladores aprendían los Signos solo bajo la supervisión de un anciano de la Artesanía por esa misma razón: el veterano Akelarre podía apagar la reacción violenta antes de que te lastimara y mostrarte en qué habías fallado. Sin embargo, era poco probable que la Hermandad de Akelarre enviara a sesenta Maestros para enseñar a los estudiantes de Scholomance, dado lo valiosos que eran sus servicios. Incluso dividir a cinco alumnos por Maestro habría sido un gasto desastroso. Pero si la Abadía cometía errores más indulgentes, facilitando el aprendizaje, ¿sería suficiente? Un puñado de instructores sería suficiente. Más guías que mentores, como parecía ser la norma en Scholomance.

“Yo no les enseño nada que no sepan cuando afirmo que el Arte no puede ser estandarizado,” dijo el profesor Baltasar. “El proceso de ocultación es personal, y el talento en ciertos Signos puede dificultar el dominio de otros.”

De pie, sin temor, junto al borde del abismo, el profesor había vuelto la espalda a la oscuridad para dirigirse a ellos. Le otorgaba un aspecto espectral, rodeado por un círculo de velas titilantes, mientras el abismo acechaba abajo.

“No voy a fingir que enseñando en grupo: aprenderán a su manera, según su comprensión de sus fortalezas,” dijo Baltasar. “La biblioteca del capítulo estará abierta para ustedes, pero ningún libro será impuesto.”

Pensó que no podía ser solo eso, Maryam, porque dejarles a su suerte al aprender los Signos sería... peligroso, independientemente de las ventajas de la Abadía.

“Yo y otros Maestros en la isla les enseñaremos patrones de Signos si lo solicitan, y aclararemos las dudas en sus conocimientos mediante la conversación, pero eso será por iniciativa suya,” les advirtió el profesor. “No hay tiempo en la Abadía que se les exija, y tienen derecho a no volver si así lo desean.”

Nos mostraste la larga cuerda de la correa, pensó Maryam. ¿Y ahora qué, cómo vas a tirar de ella para recordarnos que todavía está allí?

“Pero al finalizar el año,” dijo Baltasar con tono tranquilo, “aquellos de ustedes que no hayan dominado los Signos fundamentales de al menos dos de las cinco ramas del Arte a mi satisfacción serán enviados lejos.”

Su mirada se tornó despreciativa.

“Si no son capaces de lograrlo con las ventajas que les brindaremos, mantenerlos aquí sería una pérdida de tiempo para nosotros.”

Maryam se estremeció, contenta de que su capucha lo disimulara. Aquello no era una noticia alegre.

—Ahora —dijo suavemente el profesor Baltasar—, comenzaré a mostrarles los beneficios de estudiar en Scholomance. ¿Alguien aquí puede nombrar las Dos Medidas?

Las manos se levantaron, aunque no la de Maryam. Ella seguía reflexionando sobre la creciente desesperación.

—Aprecia y Ordena, profesor.

Maryam había sido enseñada usando las palabras Agarre y Control, pero los significados eran los mismos. Las Dos Medidas eran la manera de cuantificar, más o menos, la “fuerza” de un signo. Aprecia era la cantidad de Gloam que la nave podía reunir, el poder con el que podía dar forma a la materia. Ordena, por su parte, era la cantidad de Gloam que un signo podía moldear de una sola vez, generalmente formando un Signo.

El límite de la capacidad de un signo se encontraba en la intersección de estas medidas: el máximo de lo que uno podía Aprecia y Ordenar era su pináculo. Tener un excelente Orden pero un débil Aprecia significaba que siempre estaría condenado a realizar trucos menores, mientras que poseer un gran Aprecia y un débil Orden implicaba que usar signos complejos podía volverlo loco. Era muy raro que alguien sobresaliera en ambas, ya que la mayoría de los signos tendían a inclinarse naturalmente hacia uno u otro, aprendiendo a compensar.

Maryam no era una de esas almas bendecidas con una perfecta simetría metafísica, para su gran amargura.

Por supuesto, las Dos Medidas no eran perfectas. Le habían enseñado que algunos académicos Akelarre argumentaban que deberían añadirse otras medidas —como la Extensión para el tiempo que uno podía manipular, o la Densidad para la concentración de Gloam que se podía lograr—, aunque también había quienes sostenían que tales adiciones eran en última instancia derivadas y que lo fundamental seguía siendo lo esencial.

—Correcto —dijo el profesor Baltasar—. Es raro poder evaluar con precisión en qué nivel se encuentra uno respecto a estas dos medidas, pero las condiciones del Gloam aquí, en la Abadía, permiten su uso.

Buscando en su túnica, el espantapájaros sacó un círculo ancho y delgado de piedra, no mayor que dos puños juntos. Estaba grabado con intrincados canales en su superficie, cuyos patrones resultaban mareantes de contemplar. Maryam resistió la tentación de enviar su nave para sentirlos, consciente de que le estaban presentando una simetría conceptual —la carne no servía para entender cosas así, pero la Abadía era un lugar peligroso si su alma se dejaba llevar por la curiosidad.

—Algunos de ustedes reconocerán lo que sostengo —dijo—. Pero para los demás: este artefacto se llama un Laberinto Kuru. Limita la reunión y guía del Gloam de maneras muy específicas, permitiendo una medición precisa de su Aprecia y Ordena.

Aclaró la garganta.

—El tiempo ha vuelto estas creaciones frágiles y una pérdida significativa de control podría partir la piedra —señaló Baltasar—. Sin embargo, en la Abadía, el riesgo se reduce considerablemente. Por ello, podrán probarse usando el laberinto y descubrir en qué nivel se encuentran respecto a Aprecia y Ordena.

Hizo una pausa.

—El valor que recibirán estará cruzado con referencias en muchos de los libros de la biblioteca del capítulo, lo que facilitará notablemente el aprendizaje de nuevos Signos —continuó el profesor—. Como en todas las cosas, no estarán obligados, pero les recomiendo encarecidamente que realicen esta prueba.

Hubo algunos murmullos de entusiasmo. La idea era popular, ¿y por qué no? La manipulación del Gloam era considerada la Artesanía por Izvorica y el Arte por la Guilda Akelarre, porque mucho de ello era impreciso y difícil de medir. Las pocas certezas que lograban obtener eran valores invaluable.

—Ahora, vamos a llevarte a tus celdas —dijo el Profesor Baltasar—. Yo bajaré para atender el acertijo y cualquier duda que puedas tener.

Los labios de Maryam se afinaban. Ella ya sabía que rechazaría el uso del Laberinto Kuru, por lo que debía pensar en una excusa creíble lo antes posible.

Porque si el Profesor Baltasar llegaba a notar sus medidas, tal vez le pediría que dejara de asistir a las clases.

—

Se habían reunido en el Viejo Teatro por un camino oculto.

Ninguno de ellos había visto llegar antes a la Coronel Cao, aunque, dado el lugar de su aparición, Song había sospechado que venía desde la parte trasera del escenario. Lo cual resultó ser correcto, aunque no de la manera que ella esperaba. La coronel cruzó un pasillo medio colapsado que debía conducir de regreso a la ciudad, y en su lugar entró al sótano del teatro, por lo que alguna vez debió ser un antiguo almacén. Allí esperaban grandes puertas de madera, mucho más recientes que cualquier otra cosa que Song hubiese visto en ese lugar.

Al ser empujadas, revelaron un estrecho pasillo iluminado por linternas que continuaba más allá de lo que la Tianxi podía distinguir con facilidad.

— Los últimos en entrar deben cerrar las puertas —instruyó la Coronel Cao—, y luego avanzaron.

El pasillo era lo suficientemente angosto para que avanzaran solo dos a la vez, así que Song y Ferranda quedaron lado a lado. La joven de cabello rubio mantenía silencio, con los ojos recorriendo las paredes iluminadas como si buscara secretos ocultos en las paredes de piedra.

Caminaron tras un par de Izcalli, igual a los que Song recordaba haber visto hablando con Tupoc antes. Los dos hablaban en Centzon todo el trayecto, creyendo que usar su lengua materna mantendría su conversación en privado.

Por desgracia para ellos, Song había sido fluida en Centzon desde los diez años.

Pero, en realidad, no compartían secretos profundos. Principalmente conversaban sobre cómo una chica llamada Serinda era «arde como el sol de verano» y se burlaban de quién lograría seducirla. Lo único que destacó de su charla fue una mención pasajera de Tupoc, a quien llamaban «el hombre leopardo» y no parecía tomarse demasiado en serio.

Song conocía poco, o casi nada, sobre la Sociedad del Leopardo, aunque recordaba que no era considerada tan prestigiosa como la mayoría de las sociedades guerreras Izcalli. Eso era lógico, dado que eran un grupo de bandidos de asalto y esclavistas. Pero no había pensado que ello podría llevar a otros Izcalli a menospreciar a Tupoc. Tal vez eso le sería útil.

El camino hacia su destino era sencillo: avanzaban en línea recta hasta una encrucijada, luego giraban a la izquierda. Desde adelante les informaron, y por tanto la Coronel Cao, que la vuelta a la derecha conducía a un callejón cerca de la intersección de la Avenida del Gobernante y la Calle del Templo. Seguir hacia el norte, en cambio, los llevaría eventualmente a la Plaza de la Miseria. Song memoró esa primera ruta, que parecía ser la más conveniente para ella en el futuro.

Al final de la esquina había una puerta de hierro forjado, que no permanecía iluminada con linternas, sino por piedras reemplazadas alrededor del umbral, cuya mampostería había absorbido el resplandor de Luz Brillante y aún emitía ese pálido brillo.

— Costosa —susurró Ferranda—, y la Tianxi asintió en señal de acuerdo.

Estaban aproximadamente a mitad de la fila, y había varias personas más altas que ellas en su camino, por lo que ninguna pudo ver con claridad qué hacía la Coronel Cao antes de la puerta — pero todas escucharon cómo ella golpeó sus nudillos contra ella tres veces vigorosamente, y luego se deslizó una persiana. Se dijo algo, la persiana se cerró y, tras unos momentos, la puerta se abrió de par en par. Los estudiantes comenzaron a ingresar, entre las exclamaciones de sorpresa que Song escuchó al acercarse lo suficiente para despertar su curiosidad.

Pronto atravesaron el umbral y pasaron junto a los guardias, la Tianxi respirando con intensidad a pesar de haberse preparado a conciencia: se hallaba en un lugar que solo podía describir como una mezcla entre una catedral y un club de oficiales.

Había diez pisos en una estructura cuya forma era un rectángulo que terminaba en una pared curvada, aunque gran parte de ella estaba vacía: galerías de madera rodeaban las paredes y dejaban un espacio hueco que ascendía hasta el techo de madera en el centro. A partir del cuarto piso, lo que estaría muy por encima del nivel del suelo para la isla, las paredes curvas se transformaban en magníficos vitrales cuyas luces de colores pintaban todo lo que tocaban.

Las escaleras conectaban un nivel con el siguiente, y al seguirlas, Song vio que las galerías estaban llenas de dormitorios, salones de reuniones y oficinas privadas. ¡Había incluso una

biblioteca! Era un esfuerzo vigoroso subir, pero ella estaba demasiado emocionada para cansarse.

En el octavo piso había un comedor y una cocina, con algunos oficiales comiendo en las mesas, y los dos niveles siguientes estaban completamente ocupados por elegantes salones decorados con buen gusto. Pero había más, ya que lo que ella creía ser el techo en realidad era un piso, y a diferencia de los demás, la habitación en la cumbre ocupaba toda esa planta.

¡Y qué vista impresionante! Casi la mitad de las paredes había sido eliminada y reemplazada por ventanales, con cristales claros y limpios. A lo largo de una pared había una larga barra donde se almacenaba vino y licores, mientras que la pared opuesta estaba completamente cubierta con una pizarra llena de papeles clavados. Entre ambas paredes, una disposición intrincada de sofás y sillones rodeados de mesas bajas, que parecían increíblemente cómodos.

El estómago de Song se apretó con algo que no era exactamente codicia ni admiración: aquello era lo que ella deseaba de la Academia, concentrado en un solo edificio.

El poder simple e implícito de tener ese lugar remozado aquí, en esa isla desolada, y mantenerlo en ese estado. La exclusividad, la comodidad, la gracia. Eran las alturas a las que debía aspirar si quería que el nombre de Ren dejara de ser una maldición.

— Tomen asiento como prefieran —dijo la coronel Cao, haciéndoles un gesto de despedida.

La versión mayor de ella misma fue al mostrador, donde un hombre vestido con elegancia le sirvió un vaso de una botella en la estantería superior sin que ella tuviera que pedir nada. Solo después de saborear un sorbo de licor ámbar y suspirar con satisfacción, la coronel se apartó un asiento y se sentó frente a ellas. Song eligió el sillón más cercano y lo giró para mirarla, manteniendo la espalda recta, mientras Ferranda se vio obligada a compartir un sofá con un par de chicas de Liergan y inclinar la cabeza para no perder detalles.

Una vez que la coronel Cao estuvo satisfecha con los arreglos, bajó su taza y se aclaró la garganta.

— Esto —dijo, señalando sus alrededores— es las Galerías.

En la tenue luz de las lámparas parecía más joven, como si la elegancia del entorno la revitalizara. Song pudo comprenderlo. La perspectiva de regresar a su cabaña sucia después ya se sentía como un castigo.

— Los dormitorios, las habitaciones y la biblioteca son para que hagan con ellas lo que deseen —comentó la coronel Cao—. Esto alguna vez fue un privilegio exclusivo de los académicos, pero las circunstancias tras la reapertura de Scholomance han permitido extender esa cortesía a ustedes.

Susurros de aprobación llenaron el ambiente. Incluso los pequeños reyes y la duquesa que las seguían parecían impresionados por su entorno, sin duda el más hermoso de la isla.

"Es evidente que ninguno de ustedes puede traer foráneos, y cualquier intento en ese sentido sería severamente castigado."

Qué pena, pensó Song. Angharad quizás habría disfrutado pasar alguna que otra noche aquí, y los Pereduri habrían sido de gran ayuda para desenvolverse en las ocasiones sociales. Su duelo con Musa Shange, aunque le había puesto en el punto de mira, también la había convertido en un tema de conversación. Entre la novedad de la historia y la belleza de Angharad, la gente quería hablar con ella.

"El salón de comidas está atendido a costa de la Academia, por lo que su comida requiere monedas — y es mucho mejor que cualquier otra cosa que esta isla pueda ofrecer," continuó ella. "Lo mismo ocurre con los salones de abajo, si necesitan que allí les sirvan refrescos."

Ella volvió a beber de su copa.

"Sin embargo, supongo que pasarán la mayor parte del tiempo en este nivel," dijo el coronel Cao. "La razón está detrás de ustedes."

Song se volvió para estudiar mejor los grandes tableros llenos de papeles clavados. Reconoció algunos como mapas a simple vista, otros como información interesante — parecía haber una lista con el número de estudiantes del año, cabales e incluso el número de estudiantes por pacto— pero la mayoría era algo más sencillo. Eran, observó, recompensas.

"Los tableros de recompensas están llenos no solo de las tareas elegidas por la Academia, sino también de las de los profesores, otros pactos e incluso algunos estudiantes selectos," explicó el coronel Cao. "Aunque primero te explicaré en qué consiste tu entrenamiento y tu estancia en Scholomance, te invito primero a que te pongas de pie y leas las recompensas existentes."

La vigilante palpó dentro de su abrigo, sacando un reloj de bolsillo plateado con una cadena a juego. Lo abrió de golpe y echó un vistazo a la hora.

"Tienes cinco minutos para escoger una y tomar el papel," dijo Calmadamente el coronel Cao. "Y si tu cabal no la ha cumplido al final de la semana, empacarás tus cosas y partirás hacia el puerto."

El caos estalló.

--

Al Fisher le gustaba estar aquí.

El viejo espíritu se deslizó por sus venas como agua helada y su presencia casi le provocaba hambre. Angharad mantuvo la vista fija en el frente mientras descendían al abismo, intentando ahuyentarlo, pero era como luchar contra las mareas mismas. Él saldría cuando le diera la gana y ninguna respiración antes.

La escalera bajo sus pies fue tallada en bestias feroces, lobos y leones que le mordían los talones mientras ella seguía a Shalini y Salvador hacia la oscuridad. El camino de abajo estaba fragmentado en rayas de luz y sombra, el palido brillo de las lámparas de aceite nunca lograba alcanzar completamente la otra; los estudiantes seguían al mariscal de la Tavarin hacia las profundidades. Él parecía una figura casi fantasmal, a distancia, un colofón absurdo de color en esa

escalinata llena del silencio de sombras retorcidas.

Al final del camino había un gran balcón, un arco de baldosas pintadas agrietadas, llenas de asientos de piedra. Al menos cien, vio Angharad, y ninguno era exactamente igual: algunos tallados en forma de enredaderas y flores, otros como bestias que se arañaban o soldados en guerra o mareas enfurecidas. El paso de los años y la lluvia habían desgastado los detalles, pero cada uno seguía siendo una pequeña maravilla. Sin embargo, todo palidecía en comparación con el gran trono en el centro del arco, el doble de alto y ancho que cualquier otro, tallado como un esqueleto gigante que abrazaba a quien se sentara en él.

El mariscal pasó junto a él, hasta la elegante barandilla de piedra al extremo del balcón en arco. Angharad apenas podía distinguir lo que había abajo, salvo por cuatro grandes faroles colgando del techo por encima, todos de forja negra y tan grandes como carruajes. Ardían color azufre enrojecido, exhalando humo sin cesar mientras pintaban las profundidades con la semejanza de un horno.

—Hubo un tiempo —dijo el mariscal—, después de que el mundo se rompiera y del cadáver de Liergan surgieron muchos reyes soñando con un imperio.

No elevó la voz, pero Angharad lo escuchó perfectamente. Ningún alumno se había atrevido a acercarse al borde del balcón, retenido por un instinto tenue, y no se escuchaba ni un solo susurro que rompiera el silencio. Sobre la tierra, bañada por la luz del Orrery, el anciano parecía casi una figura de diversión. La descenso a las entrañas de la tierra había apagado esa impresión.

—Sologuer fue uno de esos reinos —continuó el mariscal de la Tavarin—, y durante un tiempo, los reyes de dientes de hierro de estas tierras gobernaron islas y costas hasta donde sus barcos pudieron llegar.

El anciano apoyó una mano en la elegante barandilla de piedra, mirando hacia abajo a una vista que ninguno de ellos podía ver.

—Obtenían tributo en oro, como los reyes —dijo el mariscal—, pero su hambre no podía saciarse con tanta facilidad. Los barcos de vientre negro regresaban a esta isla con cada vuelta de la Luna del Tonto, trayendo a jóvenes guerreros destinados a morir en un templo sangriento.

Ella podía sentir la sonrisa del Pescador, saboreando esa vieja carnicería impregnada en las piedras.

—Acallar, ellos llamaban a este lugar.

Él les mostró una sonrisa, revelando dientes de plata reluciente.

—Los reyes de Sologuer, ven, creían que la matanza los convertiría en dioses. Seres capaces de comandar las órbitas del Gran Orrery y dominar así los propios elementos. Incluso los hijos de su linaje ocupaban tronos, bebiendo en la masacre.

La sonrisa se volvió burlona.

—La Estrella Matutina, siempre aguda con el humor, se sentaba en ese mismo asiento mientras se mataban los unos a los otros abajo, para el entretenimiento de su corte.

Shalini se tensó a su lado, como era lógico al escuchar que Lucifer una vez había presidido corte en ese mismo lugar.

—Acércate más —ordenó el mariscal de la Tavarin—. La lección de hoy tendrá lugar abajo.

Con hesitación, se aproximaron al borde, la luz infernal de los faroles revelando los terrenos donde guerreros lucharon y murieron por locos.

Su balcón, primero lo vio, no era el único en su tipo. Cara opuesta, claramente más baja, se extendía una arcada mucho más amplia y larga de bancos de piedra donde una multitud podría haberse reunido. Pero allí no iban a dirigirse.

A unos cien pies abajo estaban los terrenos, un amplio círculo de piedra rodeado de grandes jaulas de hierro y, en todos lados, el abismo. Prácticamente no había un pie de suelo desnudo; el arena era como un pueblo roto: había muros bajos, columnas, algunas casas con techo, surcos en el suelo e incluso fuentes esculpidas. Había terrenos inferiores y superiores, escaleras poco profundas y caídas sutiles, y en las sombras yacían trampas para los incautos.

Huesos polvorientos y armas que se habían pudrido hacía mucho yacían dispersas como ofrendas, con una estructura que destacaba por encima de las demás: una imitación tosca de la silueta del Gran Orrery en hierro oxidado, con un esqueleto clavado en ella en una exhibición macabra.

Un amplio puente de piedra era la única interrupción del abismo que rodeaba los terrenos, conectado a la única apertura del círculo de jaulas de hierro y conduciendo a una puerta en la pared, cerrada por una compuerta. Angharad vio a través de la reja de acero que al otro lado ardía la luz de una linterna. Mirando alrededor del gran balcón, encontró que, escondida en las sombras, había una escalera que descendía más profundamente en la tierra; seguramente habría túneles en las paredes, algunos de ellos llevaban al corazón del Acallar.

Su mirada se apartó cuando Shalini gods oprimió el aliento al sentirlo en su costado, siguiendo la mirada de Someshwari pero sin encontrar más que el campo de batalla abajo.

“Una de esas jaulas acaba de moverse,” susurró Shalini en silencio. “Hay algo dentro.”

Angharad respiró con fuerza. Su amiga no fue la única que había notado aquello, y surcaron murmullos de inquietud entre sus compañeros. El mariscal de la Tavarin parecía indiferente al cambio de ánimo.

“Vamos,” dijo. “Continuemos nuestro camino.”

Su profesor se dirigió hacia las escaleras que Angharad había notado antes, seguido por estudiantes cautelosos, pero ella se quedó atrás. Permaneció en la barandilla, contando en silencio las jaulas mientras los otros dos la miraban confundidos.

“Alrededor de cincuenta, creo,” dijo. “Menos que la cantidad de estudiantes.”

“Entonces, o no todos luchan en esa jaula o formaremos escuadrones,” dijo Shalini, entendiendo al instante.

Salvador asintió en señal de acuerdo.

“Un escuadrón,” predijo. “Como cuando cazábamos lemures.”

“Me pregunto cuán grandes serán,” susurró Angharad.

Si había tres, la organización parecía clara, pero más de eso requeriría reflexión. Menos, también, en un modo diferente.

“Estoy más interesada en cómo lograron bajar esas bestias a ese lugar,” señaló Shalini. “De cualquier modo, la guarnición debe estar involucrada; dudo que Su Gracia haya hecho todo por sí mismo.”

Esa última conjetura de Shalini se confirmó cuando los tres siguieron la corriente bajando las escaleras, atravesando una sala de guardia bien iluminada donde unos cuantos centinelas estaban sentados jugando a las cartas. Los soldados apenas les lanzaron miradas, ignorándolos en su paso. Había otra pareja junto a la verja de cerrojo, que ahora estaba levantada por una rueda a su lado. Es para mantener a la gente dentro, pensó Angharad, no fuera.

El puente sobre el abismo era amplio, pero sin barandillas, y la brisa ligera que soplaba aquí abajo le hacía un cosquilleo en el cuerpo, despertando una sensación de desasosiego.

Encontraron al marshal encaramado sobre un muro de ladrillos bajos junto a una grieta enorme que lo partía, la imponente pluma en su sombrero ondeando con la brisa. El anciano esperaba que todos los estudiantes se reunieran debajo de él, acariciándose su impresionante bigote mientras los observaba. Tosió cuando todos estuvieron presentes, moviendo con gracia sus amplios puños.

“Los primeros de los Skiritai,” dijo, “no eran destructores de dioses.”

Eso hizo que cesaran instantáneamente todos los demás susurros de conversación, muchos de los cuales estaban en flor. Angharad apenas conocía la historia de la guilda a la que debía incorporarse, su pasado envuelto en el mismo misterio que el resto de la Guardia.

“Eran mercenarios, impulsados a la guerra por las tierras de su isla natal, que se volvieron áridas bajo sus pies,” relató el mariscal de la Tavarin. “A duras penas lograron captar monedas para alimentar a sus familias, aceptando los contratos más brutales, peligrosos y desesperados.”

Un destino duro, pensó Angharad, pero ese trabajo tenía su dignidad a su manera.

“Los años se convirtieron en décadas,” continuó el mariscal, “y tantos sobrevivieron que los Skiritai llegaron a ser conocidos como los mejores guerreros del mar Trebiano; codiciados por un centenar de reyes en guerra.”

El anciano tosió en su puño, luego se secó los labios con un pañuelo de color mostaza que sacó de su manga.

“Para los Skiritai, un niño no se consideraba adulto hasta que había derribado a un hombre, por lo que a sus jóvenes soldados los llamaban con el mismo nombre que la hoja de su espada: kopis.”

Parecía una palabra de un canto vacío, pensó Angharad, pero no era una especialista en tales temas. Quizá debería preguntarle a Song.

“Mucho después de que la isla y los primeros de los Skiritai nacieron y desaparecieron de la memoria,” continuó el Mariscal de la Tavarin, “nuestro gremio mantuvo viva la tradición en honor a esos humildes comienzos. Un iniciado de los Skiritai es conocido como un skopis, una espada para que la Guardia la maneje.”

El Mariscal volvió a sonreírles, dejando brillar unos cuantos dientes de plata bajo la luz.

“Por supuesto, ni siquiera eso. Ser iniciado en el Gremio de los Skiritai es algo que se gana, y tú has obtenido menos que polvo.”

Murmuros de descontento. Incluso Angharad se encontró frunciendo el ceño. Él no estaba mintiendo, pero su verdad se expresaba con desdén. No eran unos niños tontos reclamando algo a lo que no tenían vínculo alguno; habían sido elegidos por el mismo gremio del que él hablaba. Colocando su bastón sobre las rodillas, el anciano aplaudió con las manos.

“Así que, estén contentos, niños, porque hoy se les brinda la oportunidad de comenzar a redimir ese error,” dijo el Mariscal.

Se rio.

“Con sangre e icor, como es nuestro modo.”

El anciano saltó desde su pedestal, cayendo con una sorprendente ligereza sobre sus pies. Señaló su bastón hacia adelante, y la multitud se apartó, mientras su mirada se posaba en una jaula. La cual temblaba, el sonido de garras sobre el metal resonando fuerte en el silencio.

“Hay sesenta jaulas,” afirmó el Mariscal. “Cada una contiene algo digno de matar.”

“¿Como qué?”

La pregunta vino desde la parte trasera de la multitud, sin que Angharad pudiese ver quién la hacía. El profesor no pareció ofendido por la interrupción.

“Eso sería revelarlo,” risueño el anciano. “Lemures, unos y otros, diría, pero casi ninguna es igual — detrás de esa puerta podría haber una pareja de lobos o un griffin furioso, dependiendo de tu suerte.”

Acercó el brazo detrás de la espalda, dejando que la manga se deslizará.

“Les digo la verdad, niños, soy un hombre misericordioso,” afirmó solemnemente el Mariscal de la Tavarin. “He evitado la muerte a más hombres con mi mano que las migratorias gaviotas en vuelo.”

Los labios de Angharad se afinan. A menos que el profesor alguna vez haya comandado una gran rendición, eso era muy poco probable. Lo que significaba que un hombre a quien se suponía debía respetar podría, en realidad, ser un mentiroso.

“Fiel a mi carácter, les ofrezco la oportunidad de formar grupos de cuatro o menos antes de decidir qué jaula abrirán. ¿No están agradecidos?”

Los labios de la noble se fruncieron aún más. Los lobines eran bastante fáciles de manejar; Angharad creía que podría matar una pareja ella sola, pero ¿un griffin? No había esas criaturas en Malan, pero su reputación era temible mucho más allá de sus tierras de caza en Trebia. No estaba segura de que incluso un escuadrón de cuatro pudiese matar tal criatura, o al menos no sin bajas graves o heridas mortales. A menos que nombrar un griffin como ejemplo fuera una exageración, otra mentira.

De cualquier manera, inaceptable.

“¿Por qué,” reflexionó el Mariscal, “algunos de ustedes parecen bastante disgustados. Hablen, si tienen dudas.”

El Lord Musa se adelantó rápidamente, con rostro agradable pero ojos llenos de desprecio.

“Señor,” empezó —

“Su Grace,” dijo suavemente el viejo, “o Mariscal.”

“Mariscal,” corrigió el maestro de espadas malani. “Dado que carecemos de preparación y que el terreno no favorece, debería ser difícil para algunos entre nosotros matar a un griffin.”

El Mariscal resopló.

“¿Así que dices que mi pequeña sorpresa está mal pensada?” manifestó.

“No diría eso,” respondió Lord Musa.

Lo que fue simplemente un acuerdo cortés a la manera Malani. El anciano suspiró, sacudiendo la cabeza.

“Hay algunos que estarían de acuerdo contigo, muchacho,” dijo el Mariscal. “Que lo han estado, en el pasado.”

Chasqueó la lengua.

“Pocos de ellos duraron un año como Skiritai.”

La expresión de Musa Shange se estrechó ante el insulto implícito.

“Tu mentalidad es de derrota,” le advirtió el Mariscal, apoyado en su bastón. “Buscar un camino, trazando con los dedos algo que esperas pueda conducir a la muerte de tu oponente. Eso es un error.”

Se mofó.

“Eres un Miliciano,” dijo. “El camino comienza con la muerte de tu adversario, retrocediendo hasta donde estás. La incertidumbre es rendirse.”

El anciano dio un paso adelante.

“Pero quizás sea necesario demostrarlo,” afirmó. “Así que demostraré. Escoge una, muchacho.”

“¿Perdón?” frunció el ceño Lord Musa.

“Escoge una jaula,” dijo el Mariscal, “y mataré todo lo que haya en su interior con solo lo que llevo. Soy un hombre viejo, y apenas estoy armado. Si logro tener éxito, ¿qué objeciones tendrías tú aparte de quejarte?”

Los Malani se rieron incrédulos, y luego miraron de nuevo a la multitud. Angharad se estremeció, sintiendo la misma incertidumbre que él. ¿Y si el anciano moría? Solo la expresión del Mariscal permaneció completamente seria. Tras unos instantes, Musa Shange aclaró su garganta y luego señaló una jaula algo alejada, junto a una superficie plana de tierra cercada por hoces en el suelo. La jaula no se sacudía; cualquiera que esperara dentro parecía reacio a hacer vibrar su prisión.

“Mhm,” dijo el Mariscal. “No recuerdo qué hay en esa. Disfruto de una sorpresa.”

El anciano los llevó de regreso a través del puente hasta la casa del guardia, indicándoles que tomaran la vía derecha — allí había escaleras ocultas que subían hasta una gran plataforma con bancos. Estaba mucho más cerca del suelo que las alturas donde habían estado, suficiente para que Angharad creyera que podría saltar sin romperse las piernas.

Seguramente dolería mucho, pensó, pero podría hacerse.

Mientras los silenciosos estudiantes se dispersaban por los bancos, permaneciendo en los mismos pequeños grupos de siempre pero ahora observándose con la amenaza de un combate inminente, Angharad vio a los guardias en el otro lado de la celosía bajar su barrera. Aunque Shalini y Salvador permanecieron sentados, la noblewoman se inclinó contra la barandilla mientras observaba al Mariscal moverse debajo. El anciano empezó a desbloquear las cerraduras de la gran jaula de hierro, una tras otra, y luego abrió la puerta de par en par y se retiró.

Al principio, no salió nada.

Luego, una mano de diez dedos, más grande que una cabeza, se estiró, y la bestia en su interior asomó su cabeza de melena roja y comenzó a arrastrarse hacia afuera. Sea lo que fuera el lemure,

era grande, pensó Angharad.

“Onjancanu,” susurró Salvador con voz ronca tras ella. “Viejo Tirano.”

Podía escuchar la cautela en la voz de un hombre que dudaba ser fácilmente amedrentado.

La criatura se levantó, sus rodillas crujían como viejos goznes, mientras su larga barba roja rozaba el suelo, y se desplegó hasta su altura máxima. Veinte pies, de hombros anchos y construida como una torre, con la cuerda roja de su barba mezclada con la larga melena de su espalda cubriéndolo por el frente. Sus extremidades eran desnudas y cubiertas de pelo, con diez dedos en manos y pies que terminaban en uñas de hueso afilado. La piel era gruesa y de un amarillo enfermizo, con una nariz excesivamente grande olfateando el aire, mientras su único ojo húmedo y sin párpado miraba en todas direcciones. La esclerótica era de un burno anaranjado, la pupila negra, y lentamente el onjancanu abrió una gran boca llena de filas de dientes.

Comenzó a reír, su sonido gutural y tembloroso que atravesaba hasta sus dedos de los pies.

El Mariscal quedó solo ante él, apoyando ambas manos en su bastón con cabeza de león mientras alzaba la vista hacia el rostro monstruoso de la criatura. Aún no había tomado un arma.

"Decepcionante," dijo el anciano, sus palabras transportadas por el viento hacia ellos. "Te empachaste demasiado, apenas te queda conciencia."

Sin siquiera voltear en su dirección, la bestia arrancó una piedra suelta del tamaño de una mesa y la lanzó hacia él con tanta despreocupación que a Angharad le tomó un latido entender lo que había ocurrido — solo que en lugar de los restos esparcidos del Mariscal de la Tavarin, lo que vio fue la manga del abrigo del anciano ondeando, justo donde la pesa mortal había rozado apenas. Había avanzado apenas medio pie, se dio cuenta el bailarín de espejos, y ni siquiera con rapidez. Apoyándose en su bastón, el Mariscal comenzó a acercarse lentamente, con pasos pausados.

Ahora había captado la atención de la criatura.

El onjancanu gritó y avanzó pisoteando, con sus patas como troncos de árbol que estremecieron el suelo al alcanzarlo en un parpadeo, extendiendo su boca lista para engullirlo — solo que, con un simple y casi suave toque de su bastón en los nudillos, el Mariscal apartó la garra con tanta destreza que pasó apenas medio pulgada a su lado. En ese instante, justo antes de que la bestia girara para atraparlo con la otra mano, el anciano golpeó con furia la pata del monstruo con la culata de su bastón.

Este gritó de dolor, levantando su propio pie en un salto en retroceso, y trató de espantar ciegamente a la molesta mosca con el lado de la mano. El Mariscal avanzó en el movimiento, sorteando la guardia del monstruo, cuyo muñón agitó plumas en su sombrero incluso mientras intentaba golpear la rodilla en la que saltaba. Con furia, la bestia abrió sus brazos y se desplomó sobre el Mariscal — quien, pese a ello, siguió avanzando, incluso cuando la criatura cayó hacia adelante.

Emergió entre sus patas, y una ráfaga de viento que el onjancanu levantó al caer dejó volar su sombrero. Lo agarró del cabello, sin esfuerzo, y lo volvió a colocar con calma en su cabeza mientras el gran ogro hacía un berrinche y comenzaba a aullar en el suelo con manos y pies. Un pie que casi le alcanzó las costillas, un golpe que seguramente las convertiría en polvo, pero con una precisión tranquila, el anciano presionó sobre su bastón para saltar por encima del movimiento ciego, como un cordero sobre una cerca.

El onjancanu debió haber sentido su presencia, pues se giró de su vientre a su costado, rugiendo, para enfrentar al molesto insecto; con la mano en alto, el Mariscal sacó con indiferencia una pistola ornamentada de su abrigo y apretó el gatillo. Chasquido, el polvo salió despedido y vísceras húmedas estallaron donde antes estaba el ojo único del monstruo, en un rugido que se tornó en un alarido ronco. La palma descendió, pero solo atrapó polvo, ya que el Mariscal apoyó la pistola gastada sobre su hombro y se aproximó al ser, acunando su ojo con la otra mano.

Angharad sintió que su estómago se encogía con algo parecido al miedo. Desde el principio supo que, a pesar de su apariencia y de parecer un tonto, el anciano debía ser mortal — ¿de qué otra forma habría vivido tanto tiempo como uno de los Militantes, esa banda que siempre fue la primera en romper las líneas? Sin embargo, esperaba un contrato o alguna arma aterradora, no... esto.

En ningún momento de la pelea, el Capitán se movió más rápido que una simple caminata.

Ella lo observaba en todo momento, parpadeando lo menos posible, y él no empezó a moverse hasta que lo hizo la criatura — esto no era previsión, como en su propio contrato. No apartó los golpes del lemure con la fuerza otorgada por un espíritu ni lo lastimó con algún truco. Cualquier luchador semiprofesional sería capaz de golpear con la misma fuerza que él, usando la parte puntiaguda de su bastón. Esto, Angharad lo comprendió con una sensación de asombro, era pura destreza.

El Capitán, ahora justo frente al rostro del ciego onjancanu, se desplazó con agilidad tras la furiosa bofetada de una mano enorme en el suelo, y mientras su abrigo ondeaba, giró su bastón en ese mismo gesto que ella había considerado banal vanidad — y luego lo clavó con la punta en el globo gelatinoso mutilado. En el breve instante que siguió, Angharad vio la marca de la muerte en el rostro del anciano. Él no fue lo suficientemente fuerte para empujar todo y acabar con la bestia; los brazos del ogro, de gran tamaño, se extendieron para envolverlo y —

Girando la pistola vacía en su mano, de modo que el cañón enfriado apoyara contra su palma, el Capitán clavó el bastón con la culata de la pistola.

El grito cesó, el cerebro del onjancanu fue atravesado, y tras un potente espasmo, los brazos que estaban a punto de aplastar al anciano cayeron, moviéndose inútilmente por el suelo. Colocando su pistola, el Capitán apoyó su bota en la enorme cabeza de la criatura y retiró su bastón. Le tomó tres esfuerzos, y un chorro de sangre salpicó su abrigo, pero el negro sobre negro no se notó.

La incertidumbre era surrender, les había dicho, y de repente Angharad comprendió una pequeña fracción de lo que quería decir. El Capitán nunca dudó en esa pelea, dejando que la incertidumbre ralentizara su paso o confundiera su estrategia. Era como si toda la lucha hubiera sido un solo movimiento, continuo, de principio a fin. Y eso no era solo destreza, lo sabía Angharad. Requería

más que eso; necesitaba experiencia.

¿Cuántas criaturas onjancanu había matado el Capitán para jugar con esta tan tranquilamente?

La bestia dejó de temblar cuando él giró para enfrentarlos, mostrando una sonrisa de plata. La luz roja infernal proyectaba su sombra detrás de él, y en esa silueta Angharad creyó vislumbrar un montón de cadáveres tan alto que llenaría toda la caverna. Hombres y bestias, dioses y demonios — todo bajo el firmamento. Ser un viejo Skiritai, pensó, era llevar un cementerio en su rastro. ¿Y eso? Eso era algo que ella podía aprender.

Algo que quería aprender.

--¿Ves?—dijo el Capitán—. Hasta un anciano puede hacerlo.

Y la criatura más grande, el doble, se alejó del cadáver del otro, llamando a sus tropas para que formaran filas y descendieran en orden, mientras su bastón dejaba un rastro de sangre negra en el suelo.